

Colonización europea del territorio estadounidense

Robert Hughes – Visiones de América¹

Hasta hace relativamente poco tiempo, la mayoría de los americanos creía que la cultura colonial de América del Norte había empezado cuando los Padres Peregrinos desembarcaron en Plymouth Rock, Massachusetts, en 1620. Otros saben que hubo un intento de colonización anterior, en 1607, en Jamestown, cerca de la desembocadura del Chesapeake, la denominada Colonia Virginia. Pero el énfasis que se le da a estos acontecimientos se deriva de un prejuicio de protestantes ingleses. Como escribió Walt Whitman en 1883:

“Impresionados por los escritores y maestros de escuela de Nueva Inglaterra, aceptamos tácitamente la noción de que eran únicamente las islas británicas las que habían dado forma a nuestros Estados Unidos [...] lo que supone un error mayúsculo”.

Los españoles estaban en América del Norte mucho antes que los ingleses y Estados Unidos de América fue desde el principio una sociedad multiétnica. (En el cénit de su influencia en América, el imperio español dominaba de hecho o se atribuía el dominio de alrededor de la mitad del territorio de lo que hoy es Estados Unidos.) Cristóbal Colón no llegó a ver el continente norteamericano, pero es posible que marineros españoles avistaran la costa meridional de Florida en una fecha tan temprana como 1499, y el primer desembarco del que se tiene noticia lo realizó, en 1513, Ponce de León (quien había dirigido la conquista de Puerto Rico cinco años antes). Como todos los demás españoles que siguieron las pasos de Colón en el Caribe primero y más tarde en México, Ponce de León iba en busca de esclavos y oro, y no (como la leyenda repite con insistencia) de la mítica fuente de la juventud. Las fortificaciones y poblados de madera que dejaron los colonos españoles del siglo XVI a lo largo y ancho de Florida y Louisiana hace mucho tiempo que desaparecieron, y los nombres que dieron a aquellos lugares han sido anglicanizados con frecuencia -Key West, por ejemplo, fue en un tiempo Cayo Hueso. El asentamiento europeo habitado sin interrupción más antiguo de Estados Unidos no se encuentra en Massachusetts sino en Florida: San Agustín, donde los españoles erigieron los amenazadores y simétricamente dispuestos muros de piedra del castillo de San Marcos en 1565.

(...)

(...) los españoles habían establecido una frontera en el sur de América del Norte. Lo hicieron avanzando hacia el oeste desde Florida y hacia el norte desde México, que había sido sometido por Hernán Cortés en 1521. El extraordinario momento en que ambas líneas se unieron tuvo lugar en 1536, cuando un destacamento de españoles en busca de indios que esclavizar en el norte de México se topó con un extraño grupo de cuatro personas que se les acercó vacilante: un negro y tres blancos, vestidos con harapos y seguidos por seiscientos indios. El negro era un esclavo africano llamado Esteban y el blanco que los dirigía, un andaluz llamado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de una desastrosa *entrada* en Florida cuyos miembros habían sido derrotados por los indios cerca de Tallahassee. Cabeza de Vaca y los españoles que quedaron con vida habían emprendido a continuación un viaje hacia el oeste en balsas improvisadas, a lo largo de toda la costa septentrional de América, hasta llegar al actual Galveston, en Texas, donde fueron capturados y esclavizados por indios. Cabeza de Vaca, un hombre de recursos inagotables, se las ingenió para convencer a sus captores de que era un “hombre medicina”, consiguió cierto grado de libertad y, en 1534, reemprendió viaje con sus compañeros -que eran los únicos supervivientes de una fuerza originaria de trescientos hombres- con la intención de llegar a Ciudad de México. Por el camino consiguieron reunir un séquito de indios haciéndose pasar por hombres sagrados, curanderos. Tras dos años caminando hacia el oeste se habían constituido en una especie de culto religioso

¹ Barcelona, Nueva Galaxia Gutenberg, 2001.

Literatura Norteamericana

ambulante, y entraron en la historia como los primeros europeos que cruzaron América del Norte, desde el Atlántico hasta el Pacífico, casi doscientos cincuenta años antes que Lewis y Clark².

Desgraciadamente para el futuro de los indios del suroeste de América, Esteban empezó a alardear de -y Cabeza de Vaca a insinuar- que habían encontrado signos de una civilización con grandes riquezas en su camino, una nueva Teotihuacán.

Eso era más que suficiente para Hernán Cortés y el virrey de México Antonio de Mendoza. En 1538, enviaron a Esteban de vuelta al norte, en compañía de un fraile franciscano muy impresionable, fray Marcos de Niza, para comprobar si tal dorada civilización existía. Al cabo de un año, reapareció fray Marcos contando maravillas sobre una ciudad llamada Cibola, “más grande que la ciudad de México”, la cual, además, era tan sólo una de las siete que existían en las tierras del norte. No sabemos o ni siquiera podemos hacer suposiciones de por qué inventó fray Marcos este extravagante cuento ni por qué no lo desmintió ninguno de los demás miembros de la expedición. Una de las hipótesis posibles es que, dado que no llegó a entrar de hecho en la tal Cibola sino que sólo la vio desde la lejanía, el resplandor de la luz crepuscular sobre las paredes de barro de Zuni hizo que pareciera dorado a sus esperanzados ojos. Aunque no todos le creyeron -Hernán Cortés le tildó de mentiroso-, el virrey quiso asegurarse. De ese modo, en 1540, envió una expedición a gran escala mandada por Francisco Vázquez de Coronado.

Fue un fiasco. Al llegar al pueblo que el fraile había llamado Cibola, Coronado y sus hombres no encontraron oro, sino muros y vasijas de barro, y a unos indios desconfiados que se libraron astutamente de ellos asegurándoles que, en efecto, había una ciudad de oro más al norte. La expedición se pasó dos años errando a la búsqueda de su piritá y llegó a lo que en la actualidad es el extremo suroeste de Kansas, para regresar finalmente con grandes dificultades y las manos vacías a Ciudad de México. Tras ese fracaso, los virreyes españoles dejaron de interesarse por la expansión hacia el norte durante los cuarenta años siguientes.

Dos circunstancias reavivarían su interés: la minería de plata y la obra misionera. Pero previamente la Corona española tuvo que tomar posesión formal del “desierto” de Nuevo México. La tarea se le encomendó a un aristócrata nacido en México, Juan de Oñate, quien, en abril de 1598, cruzó el Río Grande a la cabeza de un pequeño ejército y diez sacerdotes franciscanos en el punto donde hoy se levanta El Paso y siguió avanzando hacia el norte, hasta el emplazamiento de la actual Albuquerque. Allí, el nuevo gobernador reunió a los jefes de varias comunidades de indios pueblo y les explicó que a partir de ese momento eran, de hecho, vasallos del rey español Felipe II, que si obedecían sus órdenes y abrazaban la fe católica no sólo aumentarían sus riquezas con el comercio y la agricultura sino que también disfrutarían de los beneficios de una vida eterna con Jesús. Los jefes indios aceptaron -al menos, eso creyó Oñate- y así se estableció el primer y diminuto asentamiento español en Nuevo México, en la cercana San Gabriel, junto con una misión. Alrededor de 1608, Oñate trasladó a la mayoría de los colonos al actual emplazamiento de Santa Fe.

Esta ocupación -los españoles tenían un cuidado extremo en no denominarla “conquista” porque necesitaban colonizar Nuevo México sin despertar el recelo de sus habitantes, que podrían mostrarse reticentes a trabajar para ellos- fue al principio incruenta. Pero la tensa paz entre españoles e indios pueblo no duró mucho. En 1598, durante el primer año de ocupación, Oñate dirigió una expedición de reconocimiento hacia el oeste que llegó a los pies del inmenso macizo vertical en cuya cima plana se levanta Acoma.

Hoy en día, Acoma es el pueblo habitado sin interrupción más antiguo de Estados Unidos. Los indios acomas han morado allí desde alrededor del año 1150. Parece haber sido construido en abierto desafío a la realidad del entorno. Sus piedras se elevan a unos ciento veinticinco metros de

² La expedición de Lewis y Clark (1804-06), comandada por Meriwether Lewis y William Clark, fue la primera expedición terrestre que partiendo desde el Este de Estados Unidos alcanzó la costa del Pacífico y regresó.

Literatura Norteamericana

altura del suelo de un inmenso cañón llano de alrededor de treinta y seis kilómetros de ancho. Los acantilados están pelados y caen en vertical; en algunos puntos se forman grandes salientes. No hay ni un solo arroyo y el único suministro de agua proviene de la lluvia que se recoge en cisternas. En la cima de esta mesa no hay tierra y, por tanto, ningún lugar donde cultivar. Todo lo que comían los acomas y, en épocas de sequía, también todo lo que bebían, tenía que ser subido trabajosamente desde el suelo del valle hasta la cima en cestas y en vasijas de barro. Pero el emplazamiento tenía dos ventajas. Estaba a salvo de los ataques de otras tribus indias, en el caso de que hubiesen sido lo bastante temerarias para intentarlo. Y, para los acoma, era un lugar preñado de significado espiritual. (...)

Oñate creyó que los acoma se someterían, pero se equivocó. Los guerreros indios atrajeron a un grupo de soldados españoles hacia el sendero que conduce a la cima de la mesa y, sin previo aviso, mataron a once de ellos. Oñate no tardó en devolver el golpe. A principios de 1599 envió una fuerza a Acoma. Los soldados pudieron escalar lo que uno de ellos denominaría más tarde “la fortaleza más impresionante nunca vista en el mundo”; luego afirmarían que los había guiado una aparición de Santiago Matamoros montado en un caballo blanco y blandiendo una espada de fuego. Mataron a unos ochocientos acoma, hombres, mujeres y niños, y esclavizaron a la mayoría de los restantes. Esta brutal represalia puso fin a la resistencia de los acoma durante dos generaciones y en 1640 los franciscanos los habían convencido para que construyeran una iglesia en la cima de la mesa.

A esas alturas, Nuevo México estaba salpicado de otras misiones. Su trabajo era fundamental para los planes imperialistas de la Corona española. Los misioneros necesitaban la autoridad y el apoyo real; la Corona necesitaba el celo que mostraban los misioneros para “atraer” a los nativos. Ambos consiguieron lo que querían. Los métodos de los franciscanos ya habían demostrado tal eficacia en México que en las “Ordenanzas Reales para los Nuevos Descubrimientos” promulgadas en 1573, la Corona especificaba que debían utilizarse en todos los nuevos territorios, y así se hizo, hasta nada menos que mediados del siglo XIX. En esencia, se dividían en tres fases. Primero se producía la entrada, el acceso a la sociedad nativa. Aplicando los principios de la Contrarreforma -según los cuales la emoción y una exhibición vívida resultaban fundamentales para inculcar la verdad religiosa en las mentes de los fieles-, los frailes recién llegados realizaban un auténtico espectáculo, regalando comida, cuentas de colores, espejos y mercancías comerciales. Tocaban música con instrumentos que los indios pueblo no habían visto jamás. Exhibían llamativas pinturas sagradas de Cristo y la Virgen, de apóstoles y santos. Al cabo de poco tiempo, la curiosidad dejaba paso a la confianza y los indios permitían que los franciscanos se instalaran en sus territorios. Entonces la entrada se transformaba en conversión a medida que se iba convenciendo a los jefes y los gentiles de que abrazaran la fe católica. Se construía un convento y luego una iglesia. Finalmente se tenía una misión, que los franciscanos también denominaban doctrina: una congregación que funcionaba como una parroquia, donde los sacerdotes movían los hilos del poder político tras los jefes nativos conversos y la vida comunitaria giraba alrededor de la iglesia de la misión y sus misas, y no del kiva y sus rituales. La Corona aprovisionaba a los frailes con envíos de comida, herramientas y parafernalia religiosa: bisagras de hierro, picaportes, cálices y vestiduras, vino de misa y las imprescindibles campanas.

Estas técnicas requerían la existencia de aldeas indias estables y resultaron particularmente efectivas con los indios pueblo. La Corona quería que los frailes aislaran a los indios de los colonos españoles para que las violaciones, los asesinatos y los robos no dieran lugar al pavor y el recelo de los nativos, como había sucedido antes en México. Ciertamente, los frailes azotaban a los indios de cuando en cuando como castigo por haber pecado. Pero no era menos cierto que también se flagelaban ellos mismos, con la suficiente saña como para hacerse sangre: una costumbre penitencial extática que surgió en España y echó profundas raíces en Nuevo México.

Literatura Norteamericana

La imposición del dominio español sobre los indios pueblo a través de sus “conquistadores del espíritu”, los frailes franciscanos, fue mucho más eficaz de lo que lo hubiera sido el dominio militar. Pese a todo, no siempre se realizó sin problemas, y con frecuencia se enfrentó a una resistencia callada que en ocasiones se convertía en abierta rebelión. Hubo levantamientos indios en Zuni en 1632, en Taos en 1639-1640 y en otros puntos a lo largo de la década de 1650. Pero hasta 1680 no se produjo una revuelta unificada y planificada de los indios pueblo. Dos décadas de sequía y oleadas de calor habían arruinado por completo la frágil economía indígena basada en la explotación agrícola del territorio desértico. Los hambrientos pueblo se veían sometidos a constantes incursiones de partidas de navajos y apaches. Se hizo patente que el dios de los españoles no los protegía mejor de los desastres que sus propias deidades del cielo y de la tierra. Tal vez, si expulsaban a los españoles, los dioses antiguos se aplacaran y así se restablecería el orden del mundo. Esta creencia dio lugar a un nuevo despertar de la religión de los pueblo, reprimido con feroces represalias por los españoles, que ahorcaron a numerosos sacerdotes pueblo y azotaron a sus seguidores por “brujería” y “traición”.

Esta combinación de desgracias y esperanzas fue el caldo de cultivo de la revuelta de los pueblo, promovida por un carismático jefe llamado Popé, que estableció su cuartel general en un kiva, o sala sagrada, en Taos. El 10 de agosto de 1680, unos dieciséis mil pueblo diseminados en docenas de asentamientos a lo largo de varios miles de kilómetros del suroeste se levantaron al unísono y acabaron con el dominio español en Nuevo México. Mataron en el acto a una sexta parte de la escasa población española de la región -unos cuatrocientos de un total de dos mil quinientos-, quemaron las granjas, las casas y las iglesias de los extranjeros, así como cuanto contenían: cruces, pinturas, vestiduras y esculturas.

Los españoles no recuperarían el control de Nuevo México durante los trece años siguientes.

Pese a la reivindicación de la anterior presencia española en Florida y el suroeste, pese a la justificable animosidad de las minorías americanas contra una historia que colocó a los colonos ingleses por encima de todos los demás, el verdadero acontecimiento mítico de la colonización europea de América fue la llegada de los puritanos a principios del siglo XVII.

Mítico, porque los mismos puritanos lo convirtieron en tal. Nada más llegar, empezaron a escribir una heroica historia del mundo de la que ellos formaban parte. Se veían como la última fase de un relato que se había iniciado con la expulsión del Edén, seguía con el éxodo al desierto de los israelitas huyendo de la esclavitud en Egipto y acababa con su llegada a la tierra prometida de Canaán. De tal modo que los escritores puritanos no tuvieron ningún reparo en comparar a John Winthrop, líder y anciano de la colonia de Massachusetts, con el viejo Moisés. Y al tronco del Viejo Testamento le injertaron esquejes clásicos, narraciones que ofrecían el mismo esquema mítico de pérdida u opresión seguidas por un vagabundeo errático y resueltas con una nueva fundación. La principal de estas narraciones fue la obra de Virgilio que recoge el épico viaje de Eneas, que abandonó una Troya en llamas para fundar Roma al otro lado del Mediterráneo dando comienzo a una nueva fase de la historia secular. En el dorso de todos los billetes de dólar se encuentran las palabras *novus ordo seclorum*: ‘un nuevo orden de los tiempos’. Si Thomas Jefferson, que no era puritano, se hubiera salido con la suya, el gran sello de Estados Unidos habría retratado a los hijos de Israel guiados por una columna de luz.

El legado de los puritanos ha formado a todos los americanos modernos de diversas maneras, sin importar el color de su piel o el lugar de origen de sus antepasados. Fueron ellos quienes implantaron la ética del trabajo americana y la tenaz primacía de la religión en la vida del país. También inventaron el concepto americano de novedad como creadora de cultura de primer orden. “Que no haya novedades”, afirmaban los españoles del siglo XVII. Pero los puritanos vivían a la espera de que llegara algo nuevo, algo muy importante: la restauración del reino de Cristo en la tierra, una edad de oro que vería la luz, en parte, gracias a los actos de sus santos vivientes (que por

Literatura Norteamericana

tales se tenían a sí mismos). Y esta novedad daría lugar a una nueva fase de la historia del mundo. Nueva, sí, pero con los antiguos precedentes que se encontraban en el Viejo Testamento.

A este respecto se diferenciaban de todos los demás europeos que habían intentado colonizar América. Los españoles ocuparon el suroeste en el nombre de España: lo convirtieron en un puesto avanzado de una realidad ya existente. Nadie esperaba que Santa Fe fuera a cambiar Ciudad de México y, mucho menos, Madrid.

Lo mismo puede afirmarse de los franceses en Canadá y los portugueses en Brasil. También es aplicable a los Padres Peregrinos que llegaron a Plymouth en 1620, quienes únicamente buscaban un lugar donde pudieran practicar su culto en paz, un lugar en que no hubiera una poderosa cultura a la que sus hijos fueran a asimilarse con el peligro consiguiente de que su fe se diluyera. Temían que algo así ya hubiera empezado a sucederles en Holanda y querían hacer tabla rasa. Sus motivos - que les dejaran tranquilos- no eran muy distintos a los de posteriores grupos religiosos utópicos que se establecerían en América: cuáqueros, menonitas, luteranos, amish, los miembros de la Iglesia reformada, *shakers* ('tembladores') y todos los demás.

Pero los puritanos que iniciaron su Gran Migración en 1630 con el apoyo de la Massachusetts Bay Company perseguían un fin muy distinto. Iban a crear lo que su líder John Winthrop, en un sermón pronunciado en su buque insignia, el *Arbella*, en medio del Atlántico, llamó “una ciudad en una colina”, donde “las miradas de toda la gente se posarán sobre nosotros”.

¿De qué gente? Ciertamente, no los indios americanos. La gente del Viejo Mundo. La colonia puritana de Massachusetts quería convertirse en un faro cuya resplandeciente luz cruzaría el Atlántico y mostraría a aquellas otras sociedades, corrompidas por el formalismo y el papismo, cómo reformarse a sí mismas. En ese sentido, la empresa puritana se proponía exactamente lo contrario que las demás iniciativas coloniales del Nuevo Mundo, porque se oponía a los modelos sociales existentes en el Viejo. Su novedad no era meramente una moda que sustituía a otra -algo que ellos denostaban-, sino la profunda novedad de la renovación espiritual.

Gracias a los puritanos, ninguna otra civilización de la historia ha estado tan obsesionada por la idea de la novedad radical como la americana. La novedad se convirtió para los americanos en lo que la antigüedad era para los europeos: un signo de integridad, la señal de una relación especial con la historia. Se convirtió en una idea mítica. Y eso sólo fue posible porque los puritanos la defendieron con tal fuerza y convicción que impregnó la independencia americana y ha seguido presente en la vida del país hasta la actualidad. Es la raíz de la “excepcionalidad” americana, la creencia (o, simplemente, la asunción) de que los Estados Unidos son un caso único, distinta a cualquier otra sociedad existente en cualquier otro lugar, tanto en el presente como en el pasado.

El que América fuera el espacio privilegiado de la novedad resultaba vital porque significaba que era el lugar que había elegido Dios para realizar sus designios. Los puritanos habían ido allí para reconciliar el cielo y la tierra, para avanzar hacia el Reino de Dios. Según el esquema de la historia sagrada, Nueva Inglaterra era, de hecho, la nueva Israel.

La confianza para hacer tal afirmación apocalíptica provenía de la teología luterana. La Iglesia católica nunca le había concedido demasiada importancia al Apocalipsis del Nuevo Testamento, que prometía una batalla culminante entre el bien (Cristo y sus elegidos) y el mal (el anticristo o Satán), cuyo resultado sería la derrota de Satán y el establecimiento de un “reino de mil años” de los justos en la tierra.

El Apocalipsis era el núcleo del pensamiento histórico de Lutero, quien creía que la secesión protestante de la Iglesia de Roma, a cuyo papa identificaba con el anticristo, había dado inicio a una nueva historia del mundo. Se seguirían espantosas tribulaciones, como se predecía en el Apocalipsis, pero, al final, los elegidos de Dios, los santos vivientes protestantes, vencerían por completo a Roma y “entrarían” en la edad dorada, el reino de mil años. En la Inglaterra del siglo

Literatura Norteamericana

XVII ésta era una de las creencias fundamentales de la forma radical de protestantismo que adoptaron los puritanos.

Habían llegado al convencimiento de que Inglaterra estaba demasiado corrupta como para poder reformarla desde dentro. Jerusalén, la *nueva* Jerusalén de su imaginación apocalíptica, se levantaría lejos de allí, en un territorio virgen, en América. Se basaría en la unidad. La unidad, para ellos, no radicaba en su idioma (porque el mal también hablaba en inglés) ni en su ascendencia (porque el mal también había nacido inglés), sino en su creencia en un pacto vinculante y en un compromiso que habría de llevarles a las tierras yermas.

El pacto los vinculaba entre ellos y con Dios. “Tenemos que compartir las alegrías entre nosotros”, les instaba Winthrop en su sermón en el *Arbella*:

...tenemos que asumir como propias las circunstancias ajenas, disfrutar juntos, dolernos juntos, trabajar y sufrir juntos; sin perder jamás de vista nuestro compromiso y la comunidad en el trabajo, nuestra comunidad como miembros del mismo cuerpo [...] para que los hombres digan de las colonias sucesivas: “El Señor la hizo como aquella de Nueva Inglaterra”.

Nueva Inglaterra y todos los nombres de lugares precedidos por New -New Canaan, New Bedford, New Salem, New London- no suponían una imitación, sino una transfiguración. Los nombres indios fueron borrados del mapa: Agawam se convirtió en Ipswich; Acushena, en Dartmouth. Rebautizar era ocupar, y las palabras de Moisés en el Deuteronomio 12:2-3 proporcionaban abundantes textos para justificar la eliminación de los nombres indios, junto con los indios mismos:

Destruiréis inexorablemente los lugares donde los pueblos que vais a desposeer han rendido culto a sus dioses: sobre las altas montañas, sobre las colinas y bajo todo árbol frondoso. Demoleréis sus altares [...] y haréis desaparecer los nombres de aquellos lugares.

La idea de que estos “pueblos”, como los algonquinos, tuvieran algún derecho adquirido sobre la tierra les habría parecido tan absurda a los puritanos como a cualquier inglés del siglo XVII, y muy raramente llegaron siquiera a plantársela. La Nueva Inglaterra del siglo XVII era *terra nullius*, ‘tierra de nadie’; *vacuum domicilium*, ‘territorio deshabitado’; en una expresiva frase, se trataba del “erial de Dios”, nada tenía que ver con el territorio rebosante de imaginario oro del Nuevo México español, al contrario, era una tierra dispuesta para que la agricultura inglesa la volviese productiva. (En el *Deuteronomio*, Moisés no prometió a los israelitas minas de oro, sólo miel y leche.) Los hombres de la Gran Migración no dudaron en alabar la epidemia de viruela que diezmó a las tribus indias de Massachusetts antes de que ellos llegaran, considerándola, como parte de los designios divinos, “una plaga milagrosa [...] gracias a la cual gran parte de Nueva Inglaterra ha quedado vacía, sin habitantes”. Para la misión española en Nuevo México era fundamental convertir a los indios pueblo. No así para los puritanos, cuya obra misionera entre los indios algonquinos fue esporádica y poco entusiasta. Fueron implacables en la incautación de las tierras indias, deshonestos cuando utilizaban piadosos subterfugios como “compra”, y genocidas en sus agresiones contra los “salvajes”. Estos hombres de Dios eran asesinos a escala bíblica: en el año 1615 vivían alrededor de setenta y dos mil indígenas americanos entre el sur de Maine y el río Hudson; en 1690, la mayoría de ellos habían sido exterminados y el resto vencidos. Era la “cultura” -cercar, cultivar, construir- lo que otorgaba derechos de propiedad; en palabras de Edward Johnson, escritas hacia 1650 en *Wonder-Working Providence of Sion’s Saviour in New-England*:

Este territorio yermo, remoto, estéril, lleno de maleza y bosques, receptáculo de leones, lobos, osos, zorros, insectos, castores, nutrias y toda clase de criaturas salvajes [...] ahora, gracias a la misericordia de Cristo, se ha convertido en tan poco tiempo en una segunda Inglaterra por su fertilidad que es el asombro del mundo.

Literatura Norteamericana

El territorio yermo al que se enfrentaron los puritanos en América era el desierto bíblico renovado. Se maravillaron ante su propia capacidad para dominar a la naturaleza. La mera supervivencia ya parecía demostrar que se había producido un milagro. De ese modo, prácticamente desde el primer momento, el choque entre naturaleza y cultura adquirió tintes religiosos en Massachusetts. Y, aunque los puritanos carecían de arte paisajístico, estas alusiones impregnaron sus textos e influirían profunda y subliminalmente en los pintores de paisajes que surgieron en el siglo XIX, para quienes el paisaje era una teofanía, una manifestación de Dios a través de Sus designios. Del mismo modo que los judíos errantes eran cananeos antes de llegar a Canaán -pues el Señor les había reservado el lugar antes de que ellos lo supieran-, los puritanos, en sus propios relatos, eran *americanos* antes de llegar al Nuevo Mundo. Para ellos, América ya estaba insondablemente presente en la Biblia -en los Salmos, en Jeremías, en el Apocalipsis- antes de que existiera Massachusetts. La labor de los puritanos consistía en insertarse ellos mismos en ese territorio y luego inscribirse por propia mano en una historia profética en la que América ya estaba explícita.

Dado que ya eran los propietarios de América antes de llegar a ella, fueron los primeros en llamarse a sí mismos *americanos* y jamás se les habría pasado por la cabeza aplicar el término a los indios nativos. Se habían constituido a sí mismos como un nuevo pueblo: un asombroso acto de arrogancia, o de fe; en realidad, de ambas cosas. Ninguno de los demás grupos de colonos del Nuevo Mundo tuvo tal pretensión. Y es el origen de una creencia que ha impregnado la historia del país desde entonces: la de que, al llegar a América, seas quien seas, te recreas y puedes transformarte en lo que afirmes ser.

Enseguida, la propia identidad de los puritanos pasaría a entretenerse en la urdimbre del paisaje en cuya creación habían colaborado, por así decirlo, con Dios. En el plazo de una generación, el paisaje de Nueva Inglaterra ya podía percibirse no como un territorio yermo sino como un espacio sacramental. Y así lo percibía Samuel Sewall en un opúsculo que apareció en 1697 con el título *Some few lines towards a description of the New Heaven as it makes to those who stand upon the New Earth*:

En tanto Plum Island mantenga lealmente el puesto que se le ha asignado, a pesar de todas las intimidaciones y temibles embates del orgulloso e iracundo océano; en tanto naden salmones o esturiones por las corrientes del Merrimack, o percas o lucios en Grane Pond; en tanto el ave marina siga sabiendo la estación en que ha de venir y no se niegue a visitar los lugares que conoce; en tanto el ganado se alimente con la hierba que crece en los prados, que humildemente se inclinan ante Turkie-Hill [...] En tanto las libres e inofensivas palomas encuentren un roble blanco, o cualquier otro árbol dentro del municipio para posarse, alimentarse o construir un desmañado nido sobre él, y se presenten voluntariamente para realizar el trabajo de espigadoras tras la cosecha de la cebada; en tanto la naturaleza no envejezca ni pierda fuerza y no deje en ningún momento de enseñar a las hileras de maíz cómo han de crecer por pares; allí seguirán naciendo cristianos y, tras acudir a la llamada, serán de allí trasladados para convertirse en participantes del Legado de los Santos en la Luz.

Tendrían que transcurrir más de ciento cincuenta años antes de que la pintura americana empezara a mostrar una visión del paisaje comparable a ésta en amplitud, belleza y profundidad. Podría afirmarse que la rapsodia de Sewall sobre la zona pantanosa de Newbury, incrustada como un cristal precioso en una masa calcificada de abstrusas reflexiones teológicas, señala un giro crucial en la cultura americana. Lo que a William Bradford y sus peregrinos vapuleados por el océano les parecía en 1610 un “espantoso y desolado territorio yermo lleno de bestias y de hombres salvajes” se ha convertido en el marco natural de la Nueva Jerusalén. Sewall tenía cuarenta y cinco años cuando publicó el texto, que era en parte una rememoración de su infancia en Newbury. Es la primera expresión de nostalgia redactada en América, la primera epifanía de uno de los temas

Literatura Norteamericana

recurrentes americanos: el anhelo de un pasado mejor que, si se preservaba, podía santificar el presente, pero cuya pérdida envilecería el futuro. Aunque a Sewall no le cabe la menor duda de que se preservará. Esto, como señaló Perry Miller, marca “el momento en que los puritanos ingleses se habían convertido, sin apenas percatarse de manera consciente, en americanos, se habían enraizado en el suelo de América”.

Eran un pueblo de la palabra, no de la imagen. La verdad moraba en la palabra, y la imagen podía ser engañosa. Temían lo que denominaban “degeneración criolla”: la entropía del lenguaje en la yerma América; la desintegración de su cultura escrita. Y el hogar del lenguaje, más que los libros, era el templo donde los sermones reunían a todos los miembros del pueblo entre sí y con Dios.

Las trece colonias inglesas

Período de colonización: 1550-1700.

El siglo XVII trajo mejor suerte para los ingleses, que pudieron establecer varias colonias en América. Entre todas, destacaron las 13 que fundaron en Norteamérica. Las circunstancias de la época de Jacobo I (1603-1625) eran muy favorables para la colonización. El país había consolidado su hegemonía en el mar tras la victoria sobre la Armada Invencible, había liquidado el poder de la nobleza y del alto clero, había afirmado el poder del anglicanismo sobre otros grupos protestantes, había enriquecido a su burguesía con las propiedades de los católicos (dinero que ahora se necesitaba moralizar), y había transformado su economía, sustituyendo la estructura agraria por la ganadera y preindustrial.

Todo esto se hizo a costa de un pueblo que quedó empobrecido y traumatizado por los problemas religiosos. Isabel I había canalizado a los desheredados hacia la piratería y el corso, pero su sucesor decidió hacer algo más útil, empleándolos en colonizaciones. El capitalismo comercial se brindó a ayudarlo, especialmente las dos compañías de Londres y de Plymouth, a las que el monarca les ofreció un territorio americano que los españoles no habían ocupado: el existente al norte de la Florida, entre los 34 y los 45 de latitud N (la costa actual desde Carolina del Norte hasta Maine). Las Compañías se ofrecieron a trasladar allí a los colonos, que pagarían luego su pasaje con el trabajo. Era una variante de los “engagé” o siervos que los franceses enviaban también a las colonias de América.

La colonización en Norteamérica empezó y terminó en las colonias del sur, que fueron cinco: Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia. Virginia fue la primera. El 26 de abril de 1607, llegaron a la bahía de Chesapeake (Virginia) tres barcos con 105 colonos mandados allí por la Compañía de Londres. Buscando un lugar donde establecerse subieron un río, al que bautizaron como James, en honor a su Rey. En sus orillas, 40 km arriba, fundaron una ciudad el 24 de mayo a la que bautizaron como Jamestown. El hambre y las enfermedades redujeron los colonos a 32 en siete meses. El resto pudo sobrevivir gracias a los alimentos que el legendario capitán John Smith logró sustraerles a los indios. La situación se volvió dramática, pues la Compañía no pudo enviar refuerzos. Sus accionistas se negaron a pagar los plazos sucesivos y tampoco surgieron muchos voluntarios que quisieran ir a América para trabajar tierras ajenas. En 1612, un colono llamado John Rolfe injertó una cepa de tabaco nativo con otra traída de las Antillas y obtuvo un producto de excelente calidad: había nacido el tabaco de Virginia. Se cultivó prolijamente y se vendió a buen precio en Inglaterra. La colonia prosperó gracias a esto (más tarde, se consiguió el monopolio de tabaco para Inglaterra) y a la llegada de nuevos colonos, cuando la Compañía transigió al fin (1618) con la propiedad privada, ofreciendo 100 acres a cada emigrante y 50 más por cada miembro de su familia al que pagara el pasaje. En 1619, Virginia tenía más de mil habitantes y el Gobernador Yeardley, representante de la Compañía, solicitó permiso a ésta para tener unos auxiliares administrativos. Se le autorizó a hacerlo. Yeardley los escogió por el mismo procedimiento usado en Inglaterra: cada uno de los 11 distritos de la colonia eligió dos

Literatura Norteamericana

representantes (llamados burgueses u "hombres libres"), que formaron una especie de parlamento local para ayudar al Gobernador en su labor. Fue la primera asamblea electiva de las colonias inglesas.

El mismo año de 1619, llegó a Virginia un buque holandés con 20 esclavos negros, que se vendieron con gran facilidad. A partir de entonces, comenzó la compra masiva de esclavos para las plantaciones de tabaco. La usurpación sistemática de las tierras de los indios obligó a éstos a defenderse. El 22 de marzo de 1622 mataron a algunos colonos. Los ingleses hablaron de masacre y prepararon un castigo ejemplar: en 1625 mataron a más de mil indios. Esto se convirtió ya en un modelo a repetir posteriormente en todas las colonias: usurpación de las tierras de los naturales, ataque desesperado de los indios y castigo ejemplar, con el que se conseguía exterminarles o expulsarles definitivamente de su territorio.

La Compañía de Virginia entró en bancarrota en 1624 (perdió unas doscientas mil libras) y fue disuelta por el rey. Virginia se convirtió en una colonia real.

Maryland fue la segunda de este grupo. En 1632, Sir George Calvert, Lord Baltimore, logró que el rey Carlos I le donara un territorio en América para llevar a ella los católicos ingleses que desearan emigrar. Se le otorgó la parte de Virginia que estaba al norte del río Potomac. La donación llevaba implícita la cesión a Calvert del poder político y del control del comercio. En 1634, llegaron allí 220 colonos (entre ellos dos jesuitas) con el hijo de Lord Baltimore y fundaron la ciudad de Saint Mary, en honor a la Virgen. Su colonia la bautizaron como Maryland o Tierra de María. Los colonos de Maryland tuvieron pronto conflictos con sus vecinos protestantes de Virginia y con los nuevos inmigrantes. Para ponerles freno, acordaron proclamar el *Acta de Tolerancia* (1649), por el cual se permitió practicar cualquier religión que reconociera la Trinidad. Esto equivalía a admitir a todos los cristianos, pero no así a los hebreos. Los Calvert aceptaron el Acta y permitieron, además, que existiera una representación de los colonos mediante una asamblea de burgueses, y favorecieron la emigración otorgando 100 acres a cada cabeza de familia que emigrara y 50 más por su mujer y por cada hijo. Esto hizo que acudieran a Maryland muchos emigrantes pobres de otras regiones. En 1715, los propietarios de la colonia renunciaron a su catolicismo.

Carolina (del Norte) fue poblada, en 1653, por un grupo de virginianos. Diez años después ocho promotores, entre ellos Sir Anthony Ashley Cooper, lograron que Carlos II les cediera tierras situadas entre los 31 y 36 grados de latitud, para cultivar allí morera, vino, aceitunas, etc. La colonia fue bautizada entonces como Carolina, en honor al rey, y Ashley condujo el primer gran grupo de colonos. En 1670, estos pobladores marcharon hacia el sur y fundaron Charlestown (1672). Carolina sufrió muchos problemas derivados del enfrentamiento entre los colonos y los señores. En 1669, se implantó una especie de constitución de carácter aristocrático en la que colaboró John Locke, que creó una nobleza latifundista y reservó la asamblea colonial a los nobles y propietarios. El establecimiento de escoceses e irlandeses en el sur de Carolina motivó nuevos conflictos que condujeron al monarca, en 1729, a dividir la colonia en Carolina del Norte y del Sur, cada una de ellas con un gobernador real.

Georgia fue la última de las colonias. Data del siglo XVIII. El rey George II concedió permiso, en 1732, al diputado James Ogelthorpe para establecer una colonia con presidiarios ingleses entre los ríos Altamaha y Savannah, en frontera con los españoles de Florida. Al año siguiente, Ogelthorpe estableció varios cientos de colonos en Savannah, a orillas del río del mismo nombre.

Las colonias del norte fueron cuatro: New Hampshire, Nueva Inglaterra, Rhode Island y Connecticut. Simbolizan un sistema de colonización opuesto al de las colonias del sur, creando un antagonismo vital que subsistirá largos años.

Nueva Inglaterra, la colonia que se creó en el actual estado de Massachusetts, tiene para los norteamericanos una importancia excepcional, pues se sienten más vinculados a ella que a las

Literatura Norteamericana

demás por sus características spenglerianas, ya que sus colonizadores consideraron América como una Nueva Jerusalén o Tierra Prometida donde podían vivir las gentes que en Europa eran perseguidas por sus ideas religiosas. Estos colonos fueron los puritanos o defensores de una auténtica reforma protestante que purificase la Iglesia anglicana de los vestigios católicos que aún quedaban en ella. Eran calvinistas, creían en la predestinación (el éxito en la vida reflejaba la elección divina de pertenecer a los que irían al Paraíso después de morir), eran extremadamente laboriosos y practicaban una moral social muy rígida, marcada por la austeridad y la frugalidad. Acosados por sus compatriotas anglicanos, muchos de ellos huyeron a Holanda y se radicaron en Leyden y Amsterdam(1609). Allí, sus líderes William Brewster y John Robinson negociaron con la compañía de Londres el transporte de los puritanos a Virginia a cambio de trabajar siete años para pagar a los banqueros y comerciantes el pasaje. Los peregrinos -llamados así porque teóricamente eran apátridas- abandonaron Leyden en el buque Speedwell y se trasladaron a Plymouth, donde se les unieron otros correligionarios. El 16 de septiembre de 1620, embarcaron en el Mayflower, un buque de 33 metros de largo y 180 toneladas. A bordo del mismo iban 35 pasajeros de Leyden y 66 de Londres y Southhampton: 101 peregrinos en total. El 9 de noviembre de 1620 arribaron a América. Al tomar la latitud, comprobaron que se habían equivocado de sitio: aquello no era Virginia. Habían llegado, en efecto, al cabo Cod, en Massachusetts, una tierra bautizada anteriormente como Nueva Inglaterra por el capitán John Smith. Los emigrantes se reunieron para deliberar sobre su situación y acordaron establecerse allí, elegir su propio gobierno, trabajar unidos y buscar la alianza con los indios. El 26 de diciembre desembarcaron y construyeron unas rústicas cabañas para guarecerse del frío. Así nació Plymouth. Aquel invierno perecieron la mitad de los peregrinos, incluido el gobernador que habían elegido. Al llegar la primavera, un indio llamado Squanto les enseñó a cultivar maíz. En el otoño de 1621 pudieron recoger su primera cosecha. Lo celebraron con una gran fiesta que duró tres días, y que es la que los norteamericanos rememoran como Thanksgiving Day o Día de Acción de Gracias. La colonia de Nueva Inglaterra fue prosperando. En 1626, los colonos pudieron pagar a la Compañía de Londres las 81.800 libras que les había costado su viaje, dividiéndose la tierra. En 1628, un grupo de ellos dirigido por John Endicott fundó Salem. Dos años después, se estableció la ciudad de Boston, que pronto fue la más importante de Nueva Inglaterra. En 1633, arribaron casi mil puritanos huyendo de Inglaterra ante la hostilidad del obispo Laud, nuevo primado de la Iglesia Anglicana. La migración continuó sin cesar. En 1640, Nueva Inglaterra tenía ya 22.500 habitantes, frente a los 5.000 de Virginia y Maryland. También progresó el sistema gubernativo. En 1629 se estableció un Consejo General, el que cinco años después se encargó de las cuestiones legislativas (estaba formado con representantes de los hombres libres de cada población), dividiéndose posteriormente en dos cámaras. En 1641, se adoptó un Código de libertades que incluía el juicio por jurados, los impuestos votados por representantes de los ciudadanos, el proceso para los casos de pena capital, la prohibición de tortura o de castigos bárbaros y la igualdad para los extranjeros. La sociedad reflejaba, sin embargo, el espíritu puritano que seguía el ejemplo de los primeros cristianos. La tierra fue repartida por comunidades y redistribuida por éstas entre sus miembros. Los colonos trabajaban, oraban y resolvían sus problemas conjuntamente, bajo liderazgo religioso. La moral imperante condenaba el excesivo enriquecimiento individual: en 1639 se juzgó al comerciante Robert Keayne por encarecer demasiado los artículos que vendía, resultando multado por ello. La rígida disciplina produjo pronto disidencias e infinitos problemas. Dos ministros religiosos, John Cotton y Thomas Hooker prefirieron exilarse antes que aceptar el poder oligárquico de los líderes religiosos, fundando Withersfield y Hartford (1636). Al año siguiente, el reverendo John Davenport y el comerciante Theophilus Eaton fundaron New Haven, en Connecticut. Puntos de vista disidentes sobre la jerarquía religiosa motivaron la expulsión de Anne Hutchinson (1637) y otros, que se establecieron en Portsmouth (Rhode Island). Nueva Inglaterra era ya una colonia importante por entonces y estaba necesitada de centros educativos. Una ayuda de 400 libras había permitido abrir una escuela al norte del río Charles, pero se carecía de recursos para sacarla adelante. En 1638, murió de tuberculosis un pastor llamado John Harvard, quien dejó toda su fortuna a la escuela: unas 700

Literatura Norteamericana

libras y una biblioteca de 400 volúmenes, un verdadero tesoro para entonces. La escuela decidió llamarse Colegio de Harvard y se constituyó como la primera institución de enseñanza en las colonias inglesas. También en 1639, se introdujo la imprenta en el pueblito de Cambridge, donde se publicó al año siguiente un libro de salmos. En 1660, los calvinistas perdieron el monopolio de gobierno sobre la comunidad y la colonia se volvió más mundana y próspera. En 1691, la Corona asumió el control de la Colonia.

New Hampshire fue poblado en 1622, año en que Sir Ferdinando Georges y John Mason obtuvieron permiso de Nueva Inglaterra para fundar entre los ríos Merrimack y Kennebec. Mason había vivido en Inglaterra en el condado de Hampshire, de donde trasplantó el nombre.

Connecticut fue explorado por colonos de Massachussets a partir de 1632, cuando se realizó la primera marcha hacia el Oeste de la historia norteamericana. En 1635 se estableció Saybrook, en la boca del río Connecticut. En esta colonia se realizó la primera gran matanza de indios en 1637. Unos colonos encerraron a 600 pequot (hombres, mujeres y niños) en un baluarte y le prendieron fuego, quemándolos vivos.

Rhode Island nació gracias al celo del puritano Roger Williams, que llegó a Boston, en 1631, y encontró muchas dificultades para el ejercicio de su apostolado, ya que predicaba una reforma religiosa con separación de la iglesia y el Estado. Fue desterrado de Nueva Inglaterra, en 1635, y se dirigió al sur, donde fundó Providence. La colonia se expandió luego por numerosas islas cercanas. La mayor de ellas había sido bautizada como Rodas (Rhode) por el descubridor Verrazzano, un siglo y cuarto antes, tomando por ello la colonia el nombre de 'Rhode Island and Providence'. Con el tiempo terminó por llamarse sólo Rhode Island. En 1647, comprendía Providence, Newport y Portsmouth.

Si las colonias del sur y del norte representaron dos formas contrapuestas de colonización inglesa, las del centro (Nueva York, Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania) simbolizaron, en cambio, otras colonizaciones europeas.

Nueva Holanda, llamada luego Nueva York, se originó como una colonización holandesa. El interés de la Compañía de las Indias Orientales holandesa por hallar un paso interoceánico en Norteamérica la llevó a contratar los servicios del navegante inglés Henry Hudson, quien llegó en 1609 a la isla de Manhattan y a la desembocadura del río que lleva su nombre. Hudson contó excelencias de aquella zona a su regreso y numerosos holandeses empezaron a viajar hacia ella para comerciar con los indios. Una de las primeras expediciones fue la de Adriaan Block. Arribó a Manhattan en 1613 y tuvo que quedarse allí, ya que se le quemó el barco. Las cabañas que construyó para invernar constituyeron el primer poblamiento europeo en la famosa isla. Pronto fueron tantas que formaron una aldea. La Compañía holandesa de las Indias Occidentales, que acababa de constituirse (1621), reclamó el territorio existente entre el Cabo Cod y el río Delaware. En 1624, colonos holandeses fundaron los fuertes Orange (Albany) y Nassau. Al año siguiente, se construyó el fuerte Amsterdam, en la isla de Manhattan, bajo la dirección del ingeniero Cryn Fredericksz. En 1626, Peter Minuit fue enviado por la Compañía para organizar dicha colonia y compró la isla de Manhattan a los indios por unas baratijas (telas chillonas, collares, etc.) valoradas en unos 60 florines. Manhattan se convirtió en el centro de una próspera colonia llamada Nueva Holanda. Su pequeña aldea de Nueva Amsterdam acogió pronto a gentes de todos los países, ya que los emigrantes holandeses eran escasos. En 1643, un jesuita que pasó por allí dijo que se hablaban 18 lenguas diferentes. Era un presagio de su futuro. Los holandeses poblaron las regiones cercanas a la isla. Brooklyn y Harlem fueron nombres de ciudades holandesas. Fundaron, además, numerosas ciudades, como Swanendael, Beverwyck, Gravezande, Heemstede, Vliessingen, Yonkers, etc. La colonia prosperó gracias a la libertad de comercio de pieles y, en 1653, tenía ya dos mil habitantes. Tuvo varios gobernadores holandeses entre los que destacó Peter Stuyvesant.

Literatura Norteamericana

Delaware nació como Nueva Suecia y fue el sueño del rey Gustavo Adolfo. Murió en 1632 sin verlo realizado, pero poco después se creó la Compañía de la Nueva Suecia, que puso en marcha la empresa. Reunió unos colonos y contrató los servicios de Peter Minuit, que se había convertido en socio de la Compañía sueca, para que los condujera a América. La expedición llegó en 1638 a la bahía de Delaware, donde había un pequeño establecimiento de 22 colonos holandeses y procedió a fundar allí la colonia. El 29 de marzo de 1638, erigieron Fuerte Cristina (cerca de la actual Wilmington), en honor a la reina sueca. La Nueva Suecia tuvo varios cientos de colonos suecos y finlandeses. En 1643, el nuevo gobernador sueco Johan Bjornsson construyó nuevos emplazamientos en Varkenskill, Upland y Nueva Cristina, mientras los pastores luteranos trataban de evangelizar a los indios.

Estas colonias fueron a parar a manos inglesas. Primero, hubo problemas entre los colonos holandeses y suecos, que terminaron en 1655, cuando los primeros ocuparon Nueva Suecia, integrándola a Nueva Holanda. Luego surgieron otros entre los ingleses y los holandeses, derivados de la lucha por la supremacía en el mar. El rey Carlos II de Inglaterra decidió concederle las colonias holandesas en América a su hermano Jacobo, Duque de York. Este organizó una flota que se presentó en Nueva Amsterdam, el 29 de agosto de 1664, exigiendo su rendición. El gobernador Stuyvesant tuvo que capitular el 7 de septiembre y los ingleses ocuparon Nueva Amsterdam, que rebautizaron como Nueva York. A Fuerte Orange lo denominaron Albany, etc. Así quedó todo anglizado. Cuando el Duque de York se convirtió en Jacobo II, transformó el territorio en colonia real (1685). Holanda reconoció la pérdida territorial de Nueva Holanda en el Tratado de Breda de 1667.

New Jersey tuvo una colonización más compleja. Tras la ocupación de Nueva Holanda, el Duque de York cedió a sus amigos George Carteret y Lord John Berkeley algunas tierras situadas entre los ríos Delaware y Hudson (1664). En las condiciones de la cesión se estipuló que los propietarios nombrarían un gobernador, que se ayudaría en su trabajo con un consejo, y que habría asamblea electiva y libertad religiosa. Carteret, que había defendido la isla inglesa de Jersey contra los parlamentaristas de Cromwell, pudo llamar a la nueva colonia Nueva Jersey. El mismo año envió a colonizar a su sobrino Philip Carteret, que fundó la población de Elizabethtown (1665) en honor a su esposa. Las mercedes territoriales de Carteret y Berkeley se unieron en 1702, integrando una colonia real. En cuanto a Lord Berkeley, vendió sus derechos en New Jersey a dos cuáqueros (1674).

Pennsylvania fue una colonia fundada por los cuáqueros, grupo protestante que practicaba una doctrina igualitarista, pacifista y de plena libertad de conciencia, que horrorizaba a los anglicanos. El fundador de la secta fue George Fox y sus seguidores fueron, principalmente, gentes pobres de los suburbios urbanos. El nombre de cuáqueros les vino porque decían temblar *-quake*, en inglés- ante el poder de la palabra divina, que cada uno escuchaba dentro de sí (rechazaban la jerarquía eclesiástica). El problema cuáquero adquirió importancia cuando se convirtió a dicha religión un personaje notable, William Penn, hijo del almirante del mismo nombre. Penn Jr. heredó con la fortuna paterna un pagaré por valor de 16.000 libras contra el Rey de Inglaterra y propuso a Carlos II amortizarlo a cambio de un territorio en Norteamérica donde pudiera instalar a sus hermanos de religión. El Rey aceptó encantado, en 1681, no tanto por librarse de la deuda como por quitarse de encima a los cuáqueros y le otorgó la región situada entre los 40 y 43 grados de latitud norte (1681). Al año siguiente, los cuáqueros arribaron al río Delaware y lo remontaron hasta un lugar que pareció ideal para fundar una ciudad en la que realizar su Santo Experimento. Se llamó Filadelfia y fue proyectada con un trazado modelo. Penn vendió parcelas de hasta 8.000 hectáreas por un precio bajo, más un censo anual y arrendó otras a los colonos que no tenían dinero. Como no quiso cometer el mismo error de las compañías de gobernar la colonia desde Inglaterra, pese a ser propietario del terreno, redactó una especie de constitución y una declaración de derechos (*Frame of Government* y la *Charter of Liberties*) que reconocían la autonomía colonial y garantizaban la

libertad religiosa. Pennsylvania siguió siendo propiedad de la familia Penn hasta la revolución independentista.

Colonización británica según historiadores anglosajones

Charles Beard, Mary Beard y William Beard. *The Beard's New Basic History of the United States* (1944)

Según la ley inglesa, todo el territorio reclamado en América pertenecía a la Corona. El monarca podía disponer del mismo, reservar cualquiera de sus partes como dominio real, o cederlo por carta estatutaria o patente, en grandes o pequeñas parcelas, a las compañías o particulares privilegiados. Por esta razón recurrieron a la Corona los empresarios ingleses dispuestos a colonizar América, a fin de obtener concesiones de tierra y poderes de gobierno. Y la Corona, al extender tales concesiones por carta o patente, creó dos tipos de agencias legales de colonización: la corporación y la propietaria.

El tipo de **agencia corporativa** colectiva era la compañía o grupo de individuos fusionados, por carta real, en una “persona” legal única. La carta estatutaria designaba a los miembros originales de la compañía y les permitía elegir funcionarios, estructurar los reglamentos internos, reunir fondos y actuar como entidad. La misma cedía a la compañía un área de territorio y le confería ciertas facultades: transportar inmigrantes, gobernar sus colonias, disponer de sus tierras y demás recursos, y comerciar, acatando siempre las leyes de Inglaterra. Tal corporación era análoga a la sociedad anónima moderna, organizada con fines de lucro.

La **agencia propietaria** colonizadora se hallaba integrada por una o más personas a quienes la Corona confería un territorio y diversos poderes de gobierno. De esta manera, el propietario o propietarios que disfrutaban de privilegios especiales, tenían facultades para fundar una colonia y poner en práctica los derechos de comercio y gobierno, como así también todos los derechos de carácter similar otorgados por carta real a una compañía.

Ello no obstante, las compañías y los propietarios no manejaban a su arbitrio los asuntos coloniales. Se hallaban limitados por los términos de sus cartas o patentes y tenían obligación de invertir a los colonos libres con ciertas libertades e inmunidades disfrutadas por los ingleses en su país, incluyendo una activa participación en la legislación local.

Diversos fueron los motivos que indujeron a los dirigentes ingleses a formar compañías o dedicarse a la carrera de propietarios en América. Entre éstos estaba el deseo de extender el poderío inglés, beneficiarse económicamente con el privilegio de comerciar y vender tierras, y convertir a los indios al Cristianismo. Para algunas compañías y propietarios, la idea de establecer la libertad de culto en América para los miembros de las sectas perseguidas, se contaba entre las consideraciones primarias de sus actividades de colonización. Otro propósito que figuraba en los planes de las compañías o propietarios era el de brindar a las personas que vivían pobre o miserablemente en Inglaterra, una posibilidad de trabajar y mejorar su nivel en un país nuevo, tan pleno de oportunidades. En otros términos, los motivos políticos, económicos, religiosos y de beneficencia fueron los que indujeron a los empresarios ingleses a consagrar sus energías al negocio de la colonización.

La emigración a las colonias

Las diversas corporaciones y propietarios ingleses que poseían concesiones reales de tierras a lo largo de la costa oriental de lo que ahora constituye los Estados Unidos, comenzaron finalmente a trabajar en gran escala para poner sus propiedades en uso productivo. Reunieron fondos. Tuvieron que comprar grandes cantidades de ganado, alimentos, semillas, herramientas y demás artículos transportables. Adquirieron barcos y contrataron tripulaciones. Trazaron muchos planes. Hicieron todo cuanto se hallaba a su alcance para encontrar entre millares de personas, los hombres, mujeres

y niños indicados para entregarles estas cosas, a fin de extraerles el máximo de provecho en el Nuevo Mundo. Luego, transportaron artículos, animales y personas a través del Atlántico, en lo que eran, a juzgar por los cánones modernos, embarcaciones muy pequeñas, en una de las migraciones más asombrosas e importantes de todos los tiempos.

Por supuesto, la selección de los colonizadores apropiados resultaba básica para el éxito de esta vasta empresa. Sólo de hombres y mujeres físicamente aptos, poseedores de muchas habilidades, y familiarizados con numerosas artes y ciencias, podía esperarse que produjeran los alimentos, vestidos, albergues y demás elementos primarios para una sociedad relativamente auto-abastecida en un desierto distante.

Colonización británico-estadounidense según historiadores nativos americanos

Maureen Konkle. “Posesión indígena y surgimiento del imperialismo liberal estadounidense”³ (2008)

La ideología imperial es peculiarmente abstracta. El historiador William Appleman Williams en su libro *El Imperio como forma de vida* (1980) sostiene que el concepto de Imperio está ausente del reconocimiento explícito pero permea la sociedad estadounidense como una ‘forma de vida’.

Alrededor de la década de 1830 la nación misma se consideraba como el sitio de un conflicto abstracto, histórico y mundial entre el salvajismo y la civilización⁴, un conflicto en el cual la civilización debe prevalecer y lo hará por la voluntad de Dios y porque el continente americano lo requiere.

La narrativa que surge de esa ideología construye a los pueblos originales como cazadores salvajes, que por definición no pueden poseer propiedad y por tanto carecen de gobiernos.

La hipótesis de Konkle es que el constructo “salvajismo y civilización” en la cultura estadounidense tiene un contexto político: la necesidad de negar el principio de propiedad de los pueblos originales americanos; y un efecto político: la postulación de una ideología imperial, cuya primera afirmación fue que el imperialismo no existía como proceso histórico sino que en realidad era el desarrollo de la voluntad de Dios.

La figura del Indio fue el eje del conflicto imaginado entre salvajismo y civilización, encarnando esa narrativa imperialista. La figura no fue producto de un prejuicio racial ciego o de una malinterpretación cultural etnocéntrica, sino que desnudaba la historia, la geografía, la vida política, y las tradiciones del pueblo original para producir una abstracción que demostrara que ellos no poseían la tierra y no debían poseerla así como tampoco podían formar gobiernos legítimos.

El imperialismo liberal se presenta a sí mismo como benevolente y civilizado, sólo si el colonizado coopera y se dejan mejorar apropiadamente. En realidad es un término que los neoconservadores apoyan como una descripción positiva de la hipotética hegemonía global de los Estados Unidos.

Históricamente, el imperialismo liberal construía a los colonizados como hijos atrasados que tenían que ser apropiadamente educados para disfrutar (eventual y teóricamente) de la propiedad, los derechos individuales y la ciudadanía. Se constituía en autoridad paternalista: la idea del indio como pupilo bajo la tutela de un Gran Padre benevolente.

³ “Indigenous Owership and Emergence of U.S. Liberal Imperialism” *American Indian Quarterly*, 2008. Resumen de GM.

⁴ Es la misma ideología europea que reprodujo Sarmiento en sus teorías Civilización y Barbarie adaptándola a la peculiaridad argentina.

Literatura Norteamericana

La ‘inclusión’ de los pueblos originales en el cuerpo político estadounidense se la pudo representar como una victoria moral para los Estados Unidos, un ejemplo de una nación que se pone a la altura de los valores profesados (en sus documentos institucionales como la Declaración de Independencia y la Constitución), aunque con retraso. A esto se le podría denominar el consenso liberal acerca de los indios, y es enteramente producto del imperialismo liberal del SXIX.

La consideración de que ha recibido la tierra como un ‘don completo’ [se refiere a la visión construida por el poema de Robert Frost “El don completo” (“The Gift Outright” 1942⁵)] fue un principio ampliamente reconocido e incluso básico en la Norteamérica colonial. Entonces, en los años tempranos de los Estados Unidos, el reconocimiento de la propiedad indígena se transformó para la élites políticas en un medio de establecer la superioridad moral y política de los EE.UU., distinguiéndose así de la tiranía británica e incluso de las prácticas de las otras naciones del mundo.

Los colonos ingleses, que encontraron sistema preexistentes de derechos de propiedad en todos los lugares a los cuales llegaron en Norteamérica, confiaron en sus relaciones con los pueblos indígenas en que existía una teoría legal natural que sostenía que la ocupación de la tierra determinada la propiedad, y por tanto las tierras indígenas debían ser compradas. Esta práctica persistió a través de las últimas décadas del SXVIII. La Proclama Real de 1763 reconocía la propiedad indígena.

Sin embargo, antes de la Revolución de 1776, los europeos sostenían el derecho preferente de compra, es decir que sólo las naciones europeas reclamaban intereses en territorios particulares (los que habían colonizado) sin usualmente entrometerse con las otras. Ese derecho que le daba la ocupación confería la propiedad o el título pero era en realidad más una declaración de interés que las naciones europeas se reconocían mutuamente entre ellas.

Los estados comenzaron a vender ese derecho preferente de compra a los especuladores en tierra. Abogados y especuladores comenzaron a pensar en el derecho preferente de compra como un título de plena propiedad, y el derecho real de los indios a la posesión como una especie de inquilinato que duraría el tiempo que los indios permanecieran en esas tierras.

Si el principio de propiedad indígena continuó erosionándose fuera de la esfera del gobierno, dentro del mismo (en su política aparente) el reconocimiento de tal propiedad era necesario por razones estratégicas e ideológicas (como imagen de nación tolerante y respetuosa del otro).

El reporte al Congreso del Secretario de Guerra Henry Knox de 1789 sostenía que los indios “debían ser considerados como naciones extranjeras.” Knox ponía mucho énfasis en el carácter o la legitimidad estadounidenses, contrastando la nación con Gran Bretaña. En esa época, los Estados Unidos no tuvieron otra opción que reconocer el derecho indígena. Posicionaba a los EE.UU. como un reformador benevolente y a los pueblos indígenas como necesitados de la civilización. Daba por descontado que, siendo obvia la superioridad de los EE.UU., los pueblos indígenas seguramente

⁵ La tierra nos perteneció antes de que le perteneciéramos a la tierra / fue nuestra tierra por más de cien años / antes de que fuéramos su gente. Ella era nuestra / en Massachusetts, en Virginia, / pero nosotros éramos de Inglaterra, aún coloniales, / poseyendo lo que todavía no nos poseía, / poseídos por lo que ahora ya no poseemos. / Algo que rechazábamos nos hizo débiles / hasta que nos dimos cuenta de que era nosotros mismos / rechazábamos la tierra donde vivíamos, / y prontamente encontramos salvación en la renuncia. / Tal como éramos, nos entregamos por completo / (la obra del don fue muchos actos de guerra) / a la tierra que vagamente se hacía realidad hacia el oeste, / pero aún sin historia, sin arte, sin mejoras, / tal como ella era, tal como llegaría a ser. [Traducción de GM]

Recited by Frost at the Inauguration of President John F. Kennedy, January, 1961 The land was ours before we were the land's. / She was our land more than a hundred years / Before we were her people. She was ours / In Massachusetts, in Virginia, / But we were England's, still colonials, / Possessing what we still were unpossessed by, / Possessed by what we now no more possessed. / Something we were withholding made us weak / Until we found out that it was ourselves / We were withholding from our land of living, / And forthwith found salvation in surrender. / Such as we were we gave ourselves outright / (The deed of gift was many deeds of war) / To the land vaguely realizing westward, / But still unstoried, artless, unenhanced, / Such as she was, such as she would become.

cooperarían. Sin embargo, la propiedad era el problema, significaba que los pueblos indígenas eran aún libres de hacer lo que quisieran con ella, incluso no venderla. Las dificultades que este conflicto entre política e ideología presentó a los euro-americanos se pueden observar en dos cartas privadas bien conocidas que Jefferson enviara a dos de sus agentes en asuntos indígenas, ambas escritas en 1803. Jefferson insistía en la propiedad indígena, aunque el entusiasmo que sentía por la expansión territorial puso mucha presión a esa idea. Misioneros y oficiales estadounidenses eran bastante conscientes de las maneras en que se podían quebrar los sistemas de gobierno indígenas de modo de ejercer una coerción sobre los pueblos para hacerlos vender sus tierras. En 1803, Jefferson aconsejó a William Henry Harrison, su agente en el Territorio de Indiana, empujar por engaño a los indígenas a crearse deudas con los EE.UU. Jefferson le dijo a su agente en el sur, Benjamin Hawkins, que el objetivo final era conferirles la ciudadanía estadounidense a los pueblos indígenas. Pero la ciudadanía requería ceder tierras. Sin embargo, la resistencia indígena arruinó esta visión. El paternalismo fue el modo del imperialismo liberal, y profesiones de benevolencia y condolencia reforzaron principalmente el punto de superioridad moral y legitimidad de los euro-americanos. El problema de Jefferson era que no podía todavía desconectar el reconocimiento de la propiedad indígena de la idea de la superioridad moral. El imperialismo liberal no se volvió coherente hasta que el problema de la propiedad indígena fue exitosamente resuelto, en la sociedad en general y en el sistema político en particular.

A comienzos del SXIX, era común la idea de que los pueblos indígenas eran exclusivamente cazadores; por tanto, de acuerdo a la ley europea, no podían reclamar posesión de la tierra por la que meramente vagaban. La idea de que el indio era exclusivamente cazador fue parte de una narrativa más amplia del salvajismo y la civilización, cuya emergencia Roy Harvey Pearce pone en la década de 1770, con la formación de los EE.UU. En parte le atribuye el surgimiento de esta grandiosa y abstracta narrativa del conflicto de la civilización con el salvajismo y la conquista de éste, a la influencia de la historiografía del Iluminismo escocés.

Además, mientras que la historia iluminista proveía de la estructura para una narrativa en la que el futuro debe derrotar el pasado, su incorporación a la teoría agriculturalista de la propiedad proveyó de los medios para negar el principio de propiedad indígena. Esta teoría la pone en funcionamiento John Locke en su *Segundo Tratado de Gobierno* (1690), en el que define a los norteamericanos indígenas como ejemplos de lo salvaje en estado de naturaleza, donde la propiedad y el gobierno por definición no existen. Esta teoría no afectó a la prácticas norteamericanas en el SXVIII, pero sí ganaron autoridad por entonces y hacia fines de siglo permearon la discusión acerca de los pueblos indígenas, incluso en la historiografía.

COLONIZACIÓN EUROPEA DEL TERRITORIO ESTADOUNIDENSE.....	1
ROBERT HUGHES – VISIONES DE AMÉRICA.....	1
<i>Las trece colonias inglesas</i>	8
COLONIZACIÓN BRITÁNICA SEGÚN HISTORIADORES ANGLOSAJONES.....	13
<i>Charles Beard, Mary Beard y William Beard. The Beard's New Basic History of the United States</i>	
(1944).....	13
<i>La emigración a las colonias</i>	13
COLONIZACIÓN BRITÁNICO-ESTADOUNIDENSE SEGÚN HISTORIADORES NATIVOS AMERICANOS	14
<i>Maureen Konkle. "Posesión indígena y surgimiento del imperialismo liberal estadounidense"</i>	
(2008).....	14